

¡Viva la muerte!

DANIEL SANESTEBAN

HACE pocos días —escribo a mediados de marzo— aprovechando una algarada callejera, ocurrida en la ciudad de Melilla, y protagonizada por un grupo de soldados de reemplazo destinados en la Legión que, vestidos de paisano, protestaban por el asesinato de un compañero, algunos comentaristas de medios de comunicación denigraron a la Legión y a su fundador el, entonces, teniente coronel Millán Astray. A Millán Astray no le llamaron inepto, corrupto, cobarde, porque faltarían a la verdad y creo que tal actitud no estaba en su ánimo, le llamaron ¡tuerco! con un tono que no era de admiración. Es verdad que estaba tuerco, y también manco, había perdido un ojo y un brazo en defensa de su Patria que casualmente, es la misma que la del comentarista en cuestión. No es el único español ilustre que dio uno de sus brazos por España. A bote pronto se me vienen a la cabeza tres nombres: Miguel de Cervantes, el almirante Blas de Lezo que defendió Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses y el general Millán Astray. El lector estará pensando que Miguel de Cervantes es un manco incomparable. En efecto, lo es como literato, pero no como soldado. Y el que combatió en Lepanto y perdió su brazo no fue el autor del Quijote, fue el soldado Miguel de Cervantes que si pudiera adivinar el futuro creo que se sentiría honrado de tener por compañeros de sacrificio al almirante Blas de Lezo y al general Millán Astray.

Coincidamos o no con sus criterios, creo que cualquier ser humano que arriesga su integridad física y su vida por un ideal merece respeto... aunque sea tuerco.

Otro motivo de crítica, que no es la primera vez que oigo, fue el grito de ¡Viva la muerte! Es lógico que el comentarista no lo entienda, pues forma parte de una liturgia y la liturgia sólo la entienden los iniciados, pero no es

justo despreciar lo que se ignora. ¡Viva la muerte! no es más que el grito de guerra de una fuerza de choque en el momento de entrar en combate. No se trata de que los caballeros legionarios no amen la vida, significa que, aún amándola, están dispuestos a arriesgarla por España, su patria de nacimiento o de adopción. Cuando ellos gritan ¡viva la muerte! se están diciendo a sí mismos que es preferible una muerte digna a una derrota sin honor, elección que les honra y que es común a muchos de los hombres que pelean por un ideal aunque no todos, desgraciadamente, tengamos la seguridad de que seremos capaces de hacerla buena si la ocasión se presenta. Pero mientras tanto, es reconfortante pensar que sí. Esa ilusión ayuda a vivir y a veces también a morir.

"¡Viva la muerte!" es la versión moderna del "¡Santiago, y cierra España!" medieval o la traducción al español de las melodías de la gaita escocesa que acompañan a los highlanders al combate.

También se criticó a los legionarios por llamarse a sí mismos "los novios de la muerte", tal vez tratando de olvidar que novios de la muerte somos todos. Cada uno es novio de la suya. La vamos conquistando día a día y la nuestra es solo nuestra. Ella no es una ramera, es fiel y selectiva. No se vende, nunca olvida ni traiciona. Hay tantas como vidas humanas, una para cada uno, todas distintas. No es la misma la novia alegre del que muere a campo abierto combatiendo por un ideal soñado, que la sórdida del que muere en los lavabos de cualquier tugurio con una aguja clavada en el antebrazo.

Y, en la medida en que se puede elegir, son más de envidiar los que prefieren entregarse a una enamorada que los abraza de frente, a pleno sol o a la luz de las estrellas, que los que la buscan con la mente embotada y la mano torpe en el quicio de cualquier puerta en sombras. Y la de aquellos, no por

ser más bonita va a llegar antes; lo hará en su momento. Casi siempre suele ser más precipitada y chapucera y, por supuesto, menos digna, la muerte de los cobardes que la de los valientes. En la guerra es frecuente que los que más temen a la muerte y tratan de evitarla se la encuentren antes de lo que pensaban y de peor manera. Es muy conocida la fábula del hombre que huyó de Samarcanda a una de caballo porque al doblar una esquina vio a la muerte que lo miraba fijamente. Huyó para encontrársela donde la muerte lo tenía escrito en su agenda. La muerte lo había mirado sorprendida al verlo tan lejos del lugar de la cita pocas horas antes de su encuentro.

Gritar ¡viva la vida! no es un talismán que nos preserve del "jinete pálido que cabalga en silencio". Es bueno gritar ¡viva la vida! cada vez que amanece, como una acción de gracias, porque la vida es un regalo inmerecido, la gran aventura en la que sólo algunos privilegiados podemos participar y, sobre todo, la vida es un puente de oro que nos lleva, a los creyentes, de la inexistencia a la plenitud del ser. Para los no creyentes debe ser como un flash en la oscuridad de la noche. Cuando el flash se apaga la noche es más oscura... Después amanece para todos.

Y es hermoso gritar ¡Viva la VIDA! cuando nos referimos a la VIDA con mayúsculas, al hilo conductor que me une a mí, o a tí que estás leyendo, como el "homo habilis" que se erguía desnudo en medio de una tierra hostil y que lo único valioso que poseía era la capacidad de transmitir la vida. De allí venimos, y a pesar de haber dominado casi toda la Tierra y una pequeña porción del universo aún no hemos encontrado, ni lo hay, tesoro comparable a la capacidad de engendrar vida, de mantener encendida esa pequeña llama que el Creador entregó a los remotos e ignotos antepasados de todo lo que vive, desde el gusano de luz al cóndor, para distinguirlos de la piedra o del agua, y que nos vamos transmitiendo de generación en generación. Es tan fácil y agradable transmitir la vida, tan sencillo, tan natural, que no le damos importancia. Si consideramos una maravilla de la ciencia y la técnica un ro-

bot de los llamados "inteligentes" y admiramos y aplaudimos a sus constructores ¿qué ovación, con oreja y vuelta al ruedo no les daríamos si fueran capaces de fabricar a Einstein...? ¿o incluso al más modesto, miserable y torpe de los hombres...?

El ¡Viva la muerte! de los legionarios no es ninguna doctrina filosófica. Cuando se lanzan al ataque no se paran a pensar en el sentido de su grito. No tienen tiempo. Los legionarios con su credo, sus canciones, sus gritos de guerra y su historial heroico, aman la vida como cualquier ser humano y no tienen un especial interés en ir a la guerra pero, cuando es inevitable, prefieren ir alegres o, al menos, simularlo. Al ser una fuerza de choque los riesgos son mayores que en otro tipo de unidades pero, contra lo que pudiera parecer, el riesgo no es enemigo de la alegría, antes al contrario. El riesgo es estimulante como saben muy bien los que se juegan todo lo que poseen a un trío de ases o a un número de la ruleta.

Más temibles que los riesgos de la guerra son, para cualquier soldado profesional, la repulsa y el menosprecio de algunos de sus conciudadanos en épocas de paz. Este sentimiento de repulsa que es lógico en los grupos que, de una manera u otra, tratan de modificar la estructura del Estado, de cualquier Estado, por medio de la violencia y que saben que las Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad son el único obstáculo que se opone a sus designios, es absurdo y con frecuencia demencial en los ciudadanos amantes de las leyes, del estado de derecho, de la libertad, la seguridad y la paz justa. Es decir, de las personas normales que son la mayoría pero que, subconscientemente, asocian los soldados a la guerra y como ésta no les gusta, tienden a repudiarlos tanto más cuanto más aguerridos sean. Aceptan con agrado al soldado "light", que actúa en misiones de mantenimiento de la paz, sin advertir que este tipo de soldados, además de tener tras sí la sombra protectora de sus naciones, pueden imponer la paz porque son capaces de combatir y vencer a los violentos que no conocen más ley que la fuerza —si no

fuera así bastaría con mandar bandadas de palomas mensajeras— pero rechazan al legionario, al "marine", al veterano que es capaz de calar la bayoneta y lanzarse al cuerpo a cuerpo cuando no hay otra salida, aunque no sea esta su diversión predilecta.

No hay soldados "light" como no hay guerras limpias. La guerra es una enfermedad, al parecer crónica, con tratamiento quirúrgico —no valen cataplasmas ni aspirinas— y los únicos capaces de curarla son los especialistas, las unidades de combate bien pertrechadas y muy aguerridas. En todos los campos de batalla hay un letrero invisible que dice: "Abstenerse aficionados".

Todos hemos leído muchas veces la definición de Clausewitz: "La guerra es una conti-



nuación de la política por otros medios". A mí, que soy un poco hereje, esta definición me parece incompleta, cierta pero incompleta, no define la guerra. Porque hacer rogativas a los santos también puede ser una continuación de la política por otros medios, o concertar matrimonios (procedimiento muy en boga en otras épocas), o el bloqueo comercial. Yo me atrevería a decir que la guerra es "el empleo de métodos violentos, hasta los límites de la vida humana, para alcanzar fines u objetivos políticos". Y en este saco caben todas las guerras, porque al igual que las enfermedades víricas (la gripe, el sida) la guerra puede adoptar distintas apariencias (total, limitada, subversiva, atómica, convencional, de guerrillas, sin cuartel). En el fondo siempre

es lo mismo, un grupo humano que decide emplear la violencia sin limitaciones hasta doblegar la voluntad política de otro grupo humano. El grupo agredido sólo tiene tres opciones: vencer, pactar o rendirse sin condiciones. Para vencer hay que oponer a la violencia otra violencia mayor. Para pactar también hay que oponerse a la violencia hasta conseguir convencer al agresor de que, aunque al final venza, será menos perjudicial para él llegar a un acuerdo que seguir peleando. Pero para convencerlo hay que luchar sin cuartel, sin dejar traslucir en ningún momento, que estamos dispuestos a pactar pues cualquier concesión prematura será interpretada como un síntoma de debilidad y el enemigo se fortalecerá. Queda la tercera solución que, si puede evitarse, no es aconsejable.

A la guerra como a todos los males, hay que aprender a mirarla cara a cara para poder paliar sus efectos. Las guerras, como las tormentas o las enfermedades no son tan terribles cuando uno está preparado para afrontarlas. Desde que Franklin inventó el pararrayos el número de rayos que caen de las nubes sigue siendo el mismo pero el número de víctimas es mucho menor; desde que se descubrieron las vacunas, las sulfamidas, los antibióticos, siguen existiendo las mismas enfermedades, y han surgido otras nuevas, pero la vida humana se ha prolongado. Franklin o Fleming nunca soñaron en hacer desaparecer de la faz de la Tierra las tormentas o las enfermedades —no eran tan ingenuos— se esforzaron, mirando a la realidad cara a cara, en conseguir que los efectos de dichos males fueran los menos dañinos posibles. Los soldados son como los pararrayos o las vacunas: cuestan dinero, a veces estorban (como los pararrayos) y a algunas personas les producen alergia (como los antibióticos), pero prolongan la vida de los pueblos y la hacen más confortable. "No puede existir libertad sin seguridad, ni seguridad sin fuerza". Lo podía haber dicho Millán Astray pero lo dijo André Maurois ■